

Luis estaba casado con Dora y tenían seis hijos, la más chiquita de dos meses. Eran de Chile y vinieron a la Argentina con las dos nenas mayores y una en la panza. La idea de Luis siempre había sido ir a Argentina para seguir sus estudios. Al poco tiempo de llegar, consiguió un trabajo en la fábrica metalúrgica SAIAR en Quilmes. Además terminó la secundaria en un colegio de Avellaneda y siguió estudiando en la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la Universidad Católica. Tenía una gran dedicación a la música y era compositor de música clásica. Pero le gustaba mucho estudiar, terminaba de estudiar una cosa y empezaba con otra. Antes de su desaparición estaba estudiando relojería y ya trabajaba arreglando relojes.

Luis era tornero y hacía 17 años que trabajaba para la fábrica SAIAR (actualmente llamada SAPEI). No era militante de ningún tipo ni sindicalista, su vida era su trabajo y su familia. En los días antes de su desaparición, Luis había estado enfermo. Habían pedido el médico de la empresa, pero en lugar de enviarlo lo llamaron de la fábrica para decirle que pase a cobrar su indemnización. Estaba en discusiones con los administradores de SAIAR sobre cuanto plata le iban a pagar como indemnización, ya que desde antes lo querían echar pues Luis no podía hacer horas extras. Martínez Riviere, el gerente general de la fábrica, le había dicho a Luis que renunciara porque si no lo iban a desaparecer. El día de su desaparición lo llamaron para decirle que le iban a pagar lo debido. Luis fue a cobrar y nunca más volvió.

La gente de la zona le contó a Dora que habían visto a una camioneta blanca con cuatro personas andando por la zona desde temprano. Más tarde, a unos metros de la fábrica, vieron cómo se bajaban tres y forzaban a un hombre vestido como Luis y con anteojos ahumados como los de él a subir al vehículo. Se lo llevaron rumbo al camino General Belgrano, hacia Lanús. Una de las personas que lo secuestró a Luis, había estado reunido con Martínez Riviere, el gerente general de SAIAR, unos días antes.

Más tarde ese día, secuestraron a otro trabajador de la SAIAR de la fábrica, Héctor Pérez.

La familia tuvo noticias de que habían llevado a Luis a la Brigada de Investigaciones de Lanús, que está en el centro de Avellaneda. Allí vieron a Luis Jaramillo, al igual que a Héctor Pérez y a otro trabajador de la SAIAR de apellido Carrizo. Según sobrevivientes, pasaron la primera Navidad allí, no les daban agua para tomar y uno de los detenidos, cuando podía, les acercaba agua que juntaba en un zapato. A Luis lo sacaban casi todos los días para torturarlo. No le creían que con todos sus conocimientos fuera simplemente un obrero de la fábrica y le preguntaban que hacía en ella.

La familia también supo de que se habían llevado a Luis para interrogarlo y que se le había caído la venda de los ojos y había reconocido, entre los que lo interrogaban, a alguien de la jefatura de personal de la fábrica SAIAR. Posiblemente fue por esta razón que lo mataron.

Los encargados de la fábrica, mientras tanto, hicieron circular rumores sobre el destino de Luis. Dijeron que había aparecido, que se encontraba en Chile, que se dejaran de buscarlo porque se había ido con otra mujer.

Jaramillo y Pérez también fueron vistos en el Pozo de Banfield.

En su testimonio dentro del Juicio por la Verdad en La Plata, el diputado nacional Francisco Virgilio Gutiérrez responsabilizó a la fábrica Saiar de los secuestros de obreros durante la

última dictadura cívico militar. Gutiérrez había sido secretario general de la seccional Quilmes de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), es ex operario de Saiar, y estuvo secuestrado durante siete años y cuatro meses, desde el 9 de agosto de 1975 al 16 de diciembre de 1982. Doce trabajadores de la SAIAR fueron detenidos-desaparecidos y dos permanecen desaparecidos.

El Equipo de Antropología Forense localizó los restos de Luis en una fosa común en el cementerio de Avellaneda en octubre de 1990, junto a otros 300 NN. La familia lo enterró en el cementerio de Ezpeleta el 16 de marzo de 1991.